

Mitos y leyendas del mundo sordo

Por Antonio Gascón Ricao

Antecedentes

Es muy común afirmar que la ignorancia humana es la madre del error. Pero no cabe la menor duda de que también lo es la propia imaginación. Cuestión comprensible de pararnos a pensar que el hombre primitivo, a solas con la Naturaleza o con los fenómenos cósmicos, conceptos de los que nada sabía en los inicios, tuvo que acudir, como salida psicológica, a su propia imaginación, mediante la cual pudo empezar a explicarse a sí mismo cómo era el mundo más próximo que le rodeaba, o cómo podrían haber sido los supuestos e hipotéticos orígenes del mismo.

De ahí la aparición de lo que llamamos Mitos. En realidad, narraciones de unas “historias sagradas”, o sea, de acontecimientos que pudieron tener lugar, o no, al principio de todas las cosas, pero siempre según la imaginación de los primeros humanos. Por lo mismo, envueltos en el misterio más absoluto, puesto que el hombre de aquellas épocas, dada su evidente ignorancia, no pudo llegar a descubrirlos, aunque si, lógicamente, a imaginarlos, idealizando así su macrocosmos.

De este modo, si pretendemos comprender mejor la necesidad que tuvo el hombre primitivo de construir ritualmente sus mitos, e incluso la de darles un carácter sagrado, en primer lugar, deberíamos tener en cuenta su concepción particular e individual del Mundo. Concepción que mucho tiempo más tarde se haría, formalmente, concepción colectiva.

Pues de hecho, evidentemente, existía cierta oposición entre el mundo que habitaba de normal y el espacio infinito e indeterminado que le rodeaba, ya fuera el terrestre o territorial o el cósmico. El primero era su propio Mundo, lo cercano, lo más próximo o lo más palpable, su Cosmos; el segundo era lo desconocido, lo inexistente para él, sujeto por tanto a la pura imaginación humana, una de las características más propias de nuestro género.

Así, por ejemplo, los mitos religiosos, de evidente y palpable carácter mágico, dieron origen a todo lo referente a la existencia de los primeros dioses, que deberemos considerar cronológicamente como mucho más tardíos, pero los cuales nos permiten suponer de la existencia anterior a ellos de unas religiones o de unos cultos preestablecidos, aunque no tengamos rastro de ningún género sobre ellos.

En orden decreciente, deberemos considerar los que hacen referencia a los héroes o a los semidioses, fruto de extraños o fabulosos maridajes. Otros, mucho más cercanos, se refieren a seres civilizadores o pobladores, fundadores en su caso de naciones enteras o de ciudades muy concretas, y por último, otro grupo sería el que perpetúa el recuerdo de los grandes hechos históricos, incluidos en ellos los reales o los imaginados.

El conjunto de todos aquellos mitos, constituyen una larga saga de relatos acerca de épocas o de hechos que la Historia o la Arqueología no aclara, porque no puede, pero que contienen, en algunos de los casos, un hecho real transformado en noción religiosa, o manipulado a conveniencia dando lugar así a su invención interesada, en este caso histórica.

Ello debió dar origen primero a la llamada transmisión oral, y posteriormente a la escrita, de hermosas y emotivas leyendas, a veces terroríficas y crueles, en otros casos con un final feliz, cuando no con una moraleja edificante, pero donde sin duda alguna el alma colectiva y poética de los pueblos se ha expresado con sus mejores y más apasionados acentos.

El mundo cultural sordo en el siglo XVIII

Todo lo anterior viene a cuento, a la vista de lo que ahora se viene denominando como “Cultura Sorda”, término acuñado modernamente dentro del colectivo de las personas sordas, y aceptado sin reflexión alguna por parte de las personas oyentes más próximas a dicho colectivo, cuando se tienen pruebas más que ciertas de que dicho aserto sobre la supuesta existencia de una “Cultura Sorda”, de ser real, cuando menos es muy discutible.

Pues en principio, a diferencia del resto del colectivo humano y para su desgracia, la transmisión oral entre los sordos habría que descartarla, al igual que sucede con la escrita, dado que, de hecho, sus testimonios gestuales, que pudieran haber dado lugar a la transmisión transtemporal, se han circunscrito a círculos muy cerrados y próximos, circunstancia que les ha privado de seguir el cauce, digamos normal, del resto de la Humanidad.

Por lo mismo, no poseen mitos propios, sean estos religiosos o culturales, o leyendas propias, ya sean ficticias o históricas, y no hablemos ya de héroes o semidioses, o de fundadores de lo que fuere, tan propios y vitales en el desarrollo cultural de nuestra civilización. Factores culturales generales a los cuales empezaron a tener acceso, pues no tenían noticia alguna de ellos, hace apenas 200 años y no en todos los casos, dado el reducidísimo número de sordos que pasaron por las primeras escuelas.

Para poder llegar a entender de qué estamos hablando, pondré un ejemplo sobre el estado cultural y moral de los sordos en los finales del siglo XVIII, grave diagnóstico desarrollado con detalle por **Lorenzo Hervás y Panduro** en 1795:

“Los Sordomudos están siempre a nuestra vista, y nosotros estamos a la de ellos: nos miramos recíprocamente: más nos conocemos tan poco y tan extrínsecamente, como podrían conocerse los moradores de la Tierra y la Luna (si los hubiera) que recíprocamente se mirasen con telescopios. Y aún me atreveré a decir, que los Sordomudos, estando siempre en nuestra compañía, saben de la historia de la Tierra y de los hombres que la pueblan, mucho menos que nosotros sabemos de la historia física de los cielos: y si en estos hubiera moradores en los Planetas, no dudo que por medio de conjeturas podríamos formar de ellos concepto menos errado, que forman los Sordomudos de los habitantes del globo terráqueo.”

Si ahora entramos al detalle de lo expuesto por **Hervás**, descubrimos su sorpresa al comprobar que los sordos, antes de pasar por la escuela, desconocían, por ejemplo, la divinidad, es decir el concepto de Dios, cuestión que en cierto modo hacía tambalear los fundamentos religiosos de **Hervás**, o ignoraban todo lo concerniente a lo que él denominaba “*la malicia moral de las acciones*”, es decir, los códigos de comportamiento, ya fueran éstos morales y religiosos o los civiles.

Cuestiones que **Hervás** disculpaba diciendo que:

“De estas ideas (el sordo) no infería todo lo que se podía inferir; no porque no tuviese verdadero espíritu, sino porque el espíritu del hombre sin comunicación con los otros hombres, se ejercita y se cultiva tan poco que no piensa sino cuando se halla indispensablemente obligado por los objetos externos a pensar.”

Del mismo modo que denunciaba la ignorancia de los sordos con respecto a la muerte, pues no pensaban jamás en ella, al tener, según él, una vida puramente animal, dado que estaban totalmente ocupados en las cosas sensibles y presentes, y en las pocas ideas que por medio de la vista recibían.

En cuanto a la idea del mundo que tenían los sordos, quedaba circunscrita a que en el horizonte visible se unían la tierra y el cielo, o que el número de hombres y bestias que existían en todo el mundo, según el pensar de los sordos, se contenía en el espacio que ellos abarcaban y veían, y aunque algún sordo saliera de su patria chica, se imaginaba que al viajar no salía jamás del “espacio contenido en el círculo horizontal, que había visto en su tierra.”

Entre los sordos, según **Hervás**, existía una falsa y común idea al creer “mudos” a todos los hombres y a las bestias. Leyenda sorda, la primera de la que se tiene noticia, que era, según **Hervás**, manantial de muchos errores entre ellos.

De este modo, los sordos pensaban que un sacerdote en un púlpito y un comediante en el teatro, eran dos pantomimos idénticos, puesto que hacían señas con la boca, los brazos y el cuerpo, al no entender la significación de ambas acciones, o al no saber distinguir el lugar donde se desarrollaban. Por ello pensaban que así como en el teatro había actores y espectadores, juzgaban que en las iglesias todos eran actores.

Las iglesias, a las que acostumbraban a asistir de común los sordos, según su opinión, eran teatros serios y no de comedias. La figura de la Santa Cruz era un enigma para ellos, y la vista de Jesús crucificado, de las estatuas o de cuadros de los santos les inducía a pensar que eran símbolos para conservar la memoria de algunos hombres buenos. Por el contrario, eran hombres malos las estatuas que veían en las calles, o en los sitios profanos. Y así hasta el infinito.

La supuesta cultura sorda en los finales del siglo XIX

Por si la opinión de **Hervás** no fuera suficientemente dura, en lo que hace referencia al estado cultural de los sordos en su época, cien años más tarde otro español, en este caso el otólogo valenciano **Faustino Barberá**, recoge en su obra *La enseñanza del sordomudo según el método oral*, Valencia, 1895, no solamente el mismo hecho sino las

graves consecuencias psíquicas que arrastraban los sordos a causa de su incultura, una opinión durísima pero muy esclarecedora respecto al mismo tema.

“El origen de los males que en lo psíquico ofrece el sordomudo, reconoce por causa exclusiva la sordera. La movilidad de su atención que sólo se fija en los objetos exteriores y materiales, esa dificultad que tiene para concentrar su voluntad sobre aquella función del alma; la debilidad de su juicio, la falta de comparación y de generalización, la escasez de su memoria se deben a que desde la primera infancia ha carecido de ese gran estímulo de la palabra que poco a poco debería haber depositado en su naciente vida psíquica, las sensaciones, las ideas que habían de formar su entidad moral y desarrollar sus facultades intelectuales.

El silencio que le rodea en sociedad le impide percibir desde sus primeros tiempos la serie de ideas que una tras otra debían someterle a esa gimnasia intelectual indispensable para el armónico desarrollo de sus funciones psicológicas.

Falto del sentido más importante de todos los sentidos, del de la inteligencia, del que directamente por medio del lenguaje concurre al entretenimiento de aquella altísima facultad, carece del estímulo apropiado; de donde se sigue la pereza de la función, que origina el embotamiento, del que va al letargo, al aislamiento moral y por consecuencia también al social.

De manera que su sordez, impidiéndole conocer el lenguaje común, el idioma, es la causa de sus males; y por consiguiente, lo primero que debe esperarse de la educación es que saque al mudo del retraimiento en que se halla, que le regenere y libre de esa especie de estado salvaje en que le constituye su defecto físico, que le relacione con los demás hombres y que le iguale a ellos en el pensar, en el discurrir y en el expresarse.”

En busca de una identidad propia

Conocidas las esclarecedoras opiniones de **Hervás y Panduro**, en las postrimerías del siglo XVIII, casi idénticas a las de **Faustino Barberá** en los finales del siglo XIX, sobre el estado cultural de los sordos, se puede afirmar que salvo algunas honrosas excepciones, las personas sordas en general continuaban hace apenas cien años en la más negra de las oscuridades en lo que respecta a la cultura, tal como comúnmente se entiende hoy.

De ahí que también se puede afirmar, con un margen de error escaso, que el gran Mito actual sobre la existencia de una supuesta Cultura Sorda, en principio, es irracional por no decir falso, dado que el tiempo transcurrido entre la entrada de los sordos en las escuelas, en lo que significaba la posibilidad de su integración en la cultura global, y el momento actual es temporalmente insignificante para que se pudiera crear una cultura propia, y más aún a la vista de los resultados pedagógicos obtenidos, pues de entrada ni siquiera se ha conseguido su integración natural en lo que **Juan Luis Marroquín** denominaba el “*Gran Colectivo Humano*”, lo que da lugar a que se sientan dolorosa y amargamente marginados por la propia sociedad.

Un Mito, el de la Cultura Sorda, realmente muy joven, pues sólo cuenta con diez o quince años de existencia, aunque reconociendo de paso que es el primero de creación propia y global del colectivo, pero que obedece, indudablemente, a la necesidad humana y gregaria de explicar, aunque sea imaginando, sus supuestos orígenes culturales, buscando con ello una identidad que los distinga netamente como grupo genérico, al igual que debieron hacer los hombres primitivos. Un ideal que, en rigor, no obedece a ninguna realidad tangible, y menos aún cuando resulta ser un grupo humano disperso y disgregado entre el resto de la humanidad.

De ahí sus sueños reiterativos sobre la necesaria creación de una nación o de un pueblo sordo utópico, o el interés de algunos sordos por mantenerse como “raza” o “etnia” diferenciada, al pedir a las autoridades civiles que no se investigue en el campo genético o al oponerse, primero a la educación integrada, y luego a la aplicación de terapias tales como los implantes cocleares, pues el descubrimiento de una solución a la sordera daría como resultado, según ellos por eugenesia, a la extinción total de la raza sorda o de la lengua de señas, condenando con su mezquina actitud a los posibles y futuros beneficiados de dicho e hipotético adelanto médico.

De ahí se entiende también la búsqueda del reconocimiento general de su lengua propia, un hecho lingüístico que ya admitió **Hervás y Panduro** en el siglo XVIII, y que nadie pone actualmente en duda, pero cuando una lengua, ya sea señada o hablada, no deja de ser más que un vehículo humano de comunicación, y más aún en un mundo cada vez más global, pero nunca un grado distintivo de diferenciación y menos aún racial.

A caballo entre el Mito y la Leyenda

Esta concepción maniquea y doctrinaria se puede observar en la propia evolución de los mitos entre los sordos españoles, nacidos a partir de su asistencia a las escuelas, ya estas fueran públicas o privadas, donde en primer lugar destaca con luz propia la controvertida figura de **Pedro Ponce de León** y en menor medida la de **Juan de Pablo Bonet**. Mito que, siguiendo una concepción cuasi religiosa y por este orden, da que **Pedro Ponce de León** sea el primero, el bueno o el mejor, mientras que falsamente a **Juan de Pablo Bonet** se le adjudica, porque así se lo han hecho creer sus maestros, el papel de malo, el de plagiarlo, o el de aprovechado de la supuesta genial obra de **Ponce de León**, cuando la realidad histórica es meridianamente muy diferente y, de largo, mucho más beneficiosa para **Juan de Pablo Bonet**.

Un mito nacido en el siglo XVIII de la mano del beneditino **Benito Jerónimo Feijoo**, al que han seguido mansamente todos los autores y profesores, y que se ve plasmado en el plano físico en muchas de las asociaciones de sordos españoles, o en los monumentos conmemorativos de diversas ciudades, donde pueden verse los bustos de ambos personajes, tan falsos como la historia creada en torno suyo, pues todas las efigies o bustos que corren son pura imaginación de los hombres, al no existir en ninguno de los casos grabados contemporáneos.

Más modernamente y también en España, pero a causa de una autora norteamericana, en este caso **Susan Plann**, ha nacido el mito de **Roberto Prádez**, profesor de la escuela de sordomudos de Madrid en los principios del siglo XIX y, según **Plann**, figura clave en la educación de los sordos, un hecho histórico absoluta y totalmente falso, aunque, al igual que sucede con los casos de **Pedro Ponce de León** y **Juan de Pablo Bonet**,

contrapuesto a la figura de **Juan de Dios Loftus y Bazán**, director de la escuela madrileña, al encarnarse en él, según la opinión de **Plann**, la parte negativa de la historia, por otra parte un hecho histórico cierto, pero de carácter personal e intransferible.

Otro mito moderno es el de **Juan Luis Marroquín Cabiedas**, personaje, este sí, clave y con justicia, en el desarrollo del movimiento asociativo español, al que no se le ha podido establecer una figura contrapuesta y enfrentada, salvo en Cataluña, en su caso **Ángel Calafell i Pijoan**, detalle que, dado su carácter local, no ha dado lugar a ninguna contraposición de ámbito nacional.

Si entramos en el campo de las figuras preclaras de sordos míticos, nos encontramos, por ejemplo, con el músico alemán **Beethoven** o con el pintor español **Goya**, en realidad, personas oyentes que, por diversos motivos, quedaron al final sordos, a muy avanzada edad y muy a su pesar.

Leyendas españolas

Más próximas, al tener conocimiento los sordos de los nombres de los pioneros de su educación en España, aparecen entre el colectivo las leyendas. Leyendas que justifican, por ejemplo, la desaparición del supuesto libro de **Pedro Ponce de León**, acaecida, según una muy extendida noticia, en un hipotético incendio, hermosa leyenda urbana que aducen siempre que no aparece cierto documento o determinado papel que les afecta directamente, pero en todos los casos falsa.

Otra de las grandes leyendas es la existencia física y material de la tumba de **Pedro Ponce de León** en el monasterio de Oña en Burgos, con lápida funeraria incluida. Leyenda inventada y justificada por **Fray Justo Pérez de Urbel**, historiador y abad mitrado del Valle de los Caídos, que logró convencer a **Juan Luis Marroquín** de su existencia, consiguiendo así de paso que tengan lugar fervorosas peregrinaciones anuales, como si de un santo varón se tratara.

A la anterior habría que sumar la leyenda sobre el supuesto lugar de nacimiento del aragonés **Juan de Pablo Bonet**, creada al alimón en 1927 entre el párroco de pueblecito zaragozano de Torres de Berrellén, **Leoncio Marqueta**, y **Miguel Granell y Forcadell**, director del Colegio Nacional de Sordomudos de Madrid, leyenda que dado lugar desde aquella fecha a otra nueva peregrinación anual, cuando **Juan de Pablo Bonet** nació realmente en la villa de El Castellar, situada a cinco kilómetros de aquel lugar.

A esta suma y sigue de leyendas habría que añadir la creada, consciente o inconscientemente, por **Susan Plann**, entorno a la existencia de unos supuestos dibujos atribuidos a **Roberto Prádez**, maestro de dibujo de la escuela madrileña en los inicios del siglo XIX, cuando dichos dibujos en realidad están realizados por sus propios alumnos.

Conclusión

A modo de conclusión, todo lo expuesto es una muestra del fracaso educativo acaecido en nuestro país, al no haberse conseguido después de dos siglos, entre otras muchas cosas, que los sordos reconozcan en los oyentes a sus iguales culturales, con

indiferencia de su discapacidad y de la lengua que usen en su comunicación sea ésta oral-escrita o gestual, obligándoles de este modo a tener que imaginar unos mitos o unas leyendas que han hecho suyas al carecer del necesario bagaje cultural que nos es propio y común.

Todo ello ha dado como grave consecuencia su marginación del contexto cultural general, con unas consecuencias que se hacen inimaginables en el futuro, de seguir por el mismo camino, y todo ello a causa de la actual doctrina pedagógica que los está condenado a la marginación, o a caer de este modo en unos sueños utópicos muy peligrosos, tales como que poseen un cultura propia, que son un pueblo genérico, pues poseen un idioma propio y, además, forman parte de una raza privilegiada como es la raza sorda. Factores políticos muy similares, por no decir idénticos, que abocaron a la humanidad, y no hace demasiados años, a la II Guerra Mundial y al Holocausto.

Circunstancias todas ellas que nos deberían hacer reflexionar, y mucho, a todos, y muy en particular a los docentes dedicados en exclusiva a su educación.